"CONFINADOS"

UN RELATO ENCADENADO VIRTUAL

PUEDES ESCUCHARLO AQUI

PUEDES LEERLO AQUI

Ayuntamiento de
TORREJÓN DE ARDOZ
Concejalia de Cultura

torrejón cultural

CONFINADOS

Edición en formato digital: noviembre 2020

© varios autores
Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz
Concejalía de Cultura

Editorial Maluma, S.L.
Editorialmaluma.com
info@editorialmaluma.com

PRÓLOGO

Sin duda el año 2020 será recordado en la historia de la humanidad por la pandemia mundial por la Covid-19, a cuyos devastadores efectos físicos entre los afectados, hay que sumarle otros efectos anímicos que afectan a gran parte de la población; efectos como la ansiedad, la incertidumbre, el miedo, la angustia, la tristeza, la depresión, o la frustración, que influyen en nuestro día a día, en nuestra forma de relacionarnos, en nuestra forma de sentir. Son los efectos de la Covid-19 en el alma.

Justo en medio de esa vorágine de sentimientos, y dentro del estado de alarma decretado con motivo de la pandemia, surgió desde la concejalía de cultura del Ayuntamiento de Torrejón de Ardoz la iniciativa *Encuentro Virtual De Escritura Colectiva «Confinados»*, una experiencia única que no habíamos realizado hasta la fecha y que no sabíamos qué aceptación tendría.

Rápidamente la convocatoria tuvo una gran respuesta por parte de escritor@s locales, miembros de asociaciones culturales y en general mujeres y hombres implicados en las iniciativas culturales de la ciudad, a los que desde la concejalía de cultura estamos enormemente agradecidos por su implicación en este novedoso proyecto para nosotros.

Como resultado: un relato colectivo que refleja las inquietudes, miedos, deseos, pensamientos, e incluso las tareas y ocupaciones que estuvieron presentes durante el confinamiento que vivimos.

Os dejamos con un texto, quizás algo complejo, pero que sin duda es una crónica anímica y espiritual de tan duros momentos; un bálsamo tanto para los que participaron, como para los que lo organizamos y deseamos que también para ti, querido lector.

RELATO ENCADENADO

CONFINADOS

—¿Y ahora qué te pasa? —le pregunta impaciente Agustina a su marido desde el umbral de la puerta.

—¡A punto de caerme¡

Valentín tiene las cejas tan pobladas que forman un *Yantra* en su entrecejo.

—La tienes tomada con el árbol. —Agustina rebusca en el armario de los chismes—. Otra vez has guardado el recogedor lleno de basura —le recrimina.

—Tu árbol lo pone todo perdido, cualquier día me mato.

Valentín tiene una perilla que él mismo recorta a menudo y el pelo le cuelga en una melena tras casi dos meses de encierro. Se siente sucio y descuidado.

Si no fuera por el pequeño jardín, no sabría en qué ocupar su tiempo. Se entretiene limpiando y desinfectando; corta el césped, cambia de lugar las plantas, las vuelve a recolocar, y en las últimas semanas ha plantado zanahorias y girasoles. Todo parecería bajo control si no fuera por aquel inmenso árbol al que se le ha quedado pequeño el espacio y parece levantar sus brazos como queriendo alcanzar el cielo. Por la noche, el viento hace bailar sus ramas y una canción nocturna invade el silencio. A Valentín le resulta imposible conciliar el sueño.

Se revuelve inquieto en la cama, Agustina a su lado parece estar muy lejos, en su sueño de vida a medio gas. Se levanta despacio, tantea bajo la cama hasta localizar las zapatillas, se incorpora y lentamente se dirige a la ventana, la luna cuelga en el cielo, el impávido cielo que le acompaña desde que se encerraron, la cancioncilla lejana le pesa en las sienes. El árbol le mira, le desafía, hace tiempo que Valentín siente que le pide una explicación, que

reclama su espacio, se agita más y más, le está llamando; con pasos torpes se dirige a la puerta, la abre, y sale al exterior.

La noche sacude su conciencia.

Se abraza al árbol, sus dedos sienten cómo la rugosidad de su corteza se funde con él haciéndose uno. Nota cómo todo su cuerpo empieza a temblar y el llanto aletargado sube por su garganta hasta convulsionar en sus ojos.

No puede parar de llorar, realmente no quiere parar. Deja que las lágrimas inunden sus mejillas y limpien su alma.

Y de repente, lo ve todo claro… su pasado, su vida vacía y sin sentido, y el lienzo en blanco que tiene ante sus ojos.

Empezó a recordar, muchísimas imágenes pasaban por su cabeza, le llegó a la cabeza la excursión que realizó antes del confinamiento con sus amigos, cuánto los echaba de menos, añoraba la sonrisa de Ramón, la generosidad de Sara, las quejas de Roberto, tenía muchísimas ganas de volver a verlos, quería abrazarlos, quería rodearlos y apretarlos con fuerza, quería sumirse en un abrazo eterno y no soltarlos nunca más. Valentín, gracias al confinamiento, estaba descubriendo las maravillosas personas que le rodeaban, que le querían y que le apreciaban tal y como era con sus muchos defectos, sus virtudes y sus pequeñas rarezas.

Al recordarlos, resbaló también en otras caras y nombres en los que no había pensado desde hacía mucho tiempo. Algunos le empaparon con barro la ropa, y también la piel; otros apenas salpicaron. En cuanto saliese al sol o corriese un poco el aire, serían ellos los primeros en desvanecerse.

Un leve frescor cayó en su párpado y se deslizó brevemente por sus pestañas. El aire crepitaba. Miró al cielo, limpio y despejado. Entre las hojas debían de quedar aún restos de las últimas lluvias. En eso se parecían, pero aún quedaba mucho aire por soplar mientras estuviesen confinados.

Durante el confinamiento, una de las anécdotas que más ha llamado mi atención sucedió durante Semana Santa, el jueves o viernes santo, según creo recordar. Una pareja de patos pasó volando en la siesta,

delante de las ventanas de mi casa, dueños y señores de las calles desiertas, disfrutando de un espléndido sol y una muy agradable temperatura.

Me impactó cómo los animales se desinhibían y campaban felices a sus anchas ante la ausencia del ser humano. Es algo que debería hacernos reflexionar.

Después, con la desescalada, he visto en la charquita del parque a esa pareja y su familia.

Para mí, es curioso ver cómo la gente habla, ríe y se comporta como si nada hubiera pasado, en muchas ocasiones puedo ver cómo los más pequeños son los que parecen ser más responsables, los niños se miran unos a otros, luchando contra su propia naturaleza, están deseando correr, saltar, jugar al pilla-pilla con sus amigos, tirarse por el tobogán, y, sin embargo, muestran una madurez y responsabilidad inusual en niños de esa edad. La madurez de la que carecen algunos de los padres.

Es muy triste ver cómo los más pequeños han tenido que afrontar esta situación.

Amanece un nuevo día y Valentín se asoma a ese balcón con el corazón en un lamento, tantos días viendo todos estos desastres y esas muertes sin razón. El día no le acompaña, le vuelve la desilusión, las noticias todo lo agravan, el mal puede ser aún peor. Rebusca él en esa huida de afuera hacía su interior. La paz consigue por momentos al ver despertar al sol y a ese niño que chillando le saluda desde el balcón y con su manita en alza le contagia la ilusión, le muestra ese arco iris que ha pintado con amor.

Y casi sin darse cuenta, ante la contemplación del niño, Valentín pierde su mirada, para encontrarse a sí mismo. En los ojos de ese infante recuerda tiempos vividos, y las frases que sus padres le repetían siempre con el mismo cariño: «Valentín, nunca olvides que vivir, es el asunto más urgente que tenemos cada día». «Aprovecha las oportunidades». «Cada momento, tomamos decisiones que condicionan nuestro presente»… y así un sinfín de lecciones que, como un huracán, le empezaron a revolver por dentro. Hasta que de

pronto, un fuerte sonido le devolvió a la realidad. Al principio no entendió nada.

El viento soplaba con fuerza .Tras el instante de perplejidad, recordó el árbol y bajó corriendo del segundo piso olvidando al niño y su manita.

Allí estaba, medio torcido y con sus raíces al aire, el árbol que le quitaba el sueño; el viento lo había casi arrancado y amenazaba con hundirse en la fachada trasera de su pequeño chalet pareado. Valentín sintió un profundo estremecimiento, el árbol era él cayendo por el precipicio del pesimismo ante la situación que vivía. Se notó algo húmedo por la mejilla y pensó que ni el árbol ni él podían claudicar.

Se quedó emocionado, observando a quien había sido capaz de mantenerse en pie, impasible y majestuoso ante el paso del tiempo, quien había librado todos los envites de la naturaleza y se había convertido en su compañero fiel a lo largo de su existencia. No entendía cómo una simple brisa de viento estaba consiguiendo derribarlo.

Se dio la vuelta, y mientras lo hacía, escuchó unas palmadas lejanas. Miró el reloj, eran las ocho en punto. Giró la cabeza y observó cómo el árbol luchaba por mantenerse erguido.

El aplauso le fue rodeando progresivamente, invadiendo a su vez su pecho y su energía. Él, que ya estaba predispuesto a emocionarse con este viaje a sus recuerdos, se encontraba un presente que le necesitaba. Valentín sintió que debía hacer algo. Podría pedir ayuda, pero todavía no podía entrar nadie en su hogar. Era su espacio seguro, casi sagrado, durante estas semanas en las que ha sido cárcel y santuario al mismo tiempo.

Sus manos decidieron aplaudir. Aplaudirle a la vida, a la supervivencia, al coraje de enfrentarse a una situación inaudita y salir de la cama cada día.

Y de pronto, mientras aplaudía, un pensamiento cruzó su mente, como si de una estrella fugaz se tratara «¿para qué vivimos?». Miró al árbol tratando de buscar una respuesta y comprendió, por primera vez, que pensar en la muerte es lo que le une a la vida.

—¡Agustina! ¡Ven, ayúdame con esto!

Agustina y Valentín unieron sus fuerzas para tratar de mantener el árbol erguido. Un muchacho que les observaba desde su balcón, decidió ir a ayudarles. Saltó la verja del jardín y unió sus fuerzas a las de Agustina y Valentín. Pronto, diez personas más acudieron en su ayuda.

Entre las diez personas consiguieron erguir el árbol. Valentín, Agustina y todos aquellos que se habían reunido en aquel jardín comenzaron a gritar y abrazarse llenos de alegría. Pero, entonces, les detuvo un grave refunfuño acompañado de un crepitar.

—¡Pobres insensatos, qué corta memoria tenéis teniendo vidas tan breves! —La voz surgía del tronco de aquel árbol—. Os dan un poco de libertad y olvidáis toda advertencia y precaución.

Los hombres y mujeres reunidos, que al principio se mostraron fascinados porque el árbol hablase, bajaron la cabeza sintiéndose culpables. Entonces, Valentín habló intentando justificarse:

—Solo quería ayudarte. Agradecerte lo que ocurrió hace unas noches.

—Mi ciclo vital está llegando inexorablemente a su fin. Por más que consigáis erguirme, terminaré cediendo igualmente. Es ley natural, envejecí y llegó mi hora. Pero vosotros aún tenéis mucho por lo que vivir. No os precipitéis por descuido al abismo de la mortandad tan repentinamente.

»Respetaos unos a otros, respetadnos a nosotros, al resto de seres vivos del planeta, como debisteis haber hecho desde siempre, no solo ahora que os habéis percatado en vuestro encierro de la debilidad que todos compartimos en este viaje efímero de la existencia. Otros perecen podridos de contaminación, descuido o ninguneo. Ayudadlos. Ayudaos.

Valentín se quedó pensando. ¿Acaso no sintió miedo a morir, a perder a su familia? Le quedaba tanto por hacer, por leer, por abrazar, por besar, ¿el árbol llegó a su fin?, él no lo podía saber. Lo que tenía seguro es que quería salir a la calle, a sentir la vida.

Desde su ventana había visto durante el confinamiento, cómo los pájaros anidaban en una primavera incierta, cómo los árboles se vistieron de hojas nuevas para cobijarlos, a pesar de todo la vida continua.

Lo supo cuando el llanto de un recién nacido, acarició su oído y sonrió.

Ese llanto, le hizo pensar en todo por lo que habían tenido que pasar esos padres, abuelos, tíos que no habían podido disfrutar ni dar la merecida bienvenida al nuevo miembro de la familia. En ese preciso momento, Valentín fue realmente consciente de todo el daño que el ser humano había causado y se planteó un cambio, una nueva meta o misión, mientras disfrutaba de su vida con más ganas que nunca.

Valentín estaba dispuesto a darlo todo por los suyos, por el planeta y empezó movilizando a sus vecinos y poco a poco cada vez eran más.

La tarea se presentaba ardua, pero Valentín estaba decidido a llevarla a cabo. Después de lo sucedido en su jardín, muchos fueron los que decidieron ayudarle. Lo primero fue organizarse, programar las tareas a realizar desde su propio barrio. Gracias a los más jóvenes, a través de las redes sociales comenzaron a crear un mensaje que sonaba cada vez más fuerte. Aunque la tarea inicial era mantener el equilibrio con la naturaleza en su barrio, desde diferentes lugares del mundo les llegaban mensajes de apoyo. Gota a gota la ola fue creciendo y ya no la podrían parar.

A pesar del optimismo inicial, a veces le inundaba un escepticismo natural de los años vividos, de sus propias experiencias; pensaba en los grandes poderes que a lo largo de los años habían impuesto sus intereses económicos, sin pensar en la madre naturaleza y mucho menos en las personas que interactuaban en equilibrio con su entorno. Era ese momento cuando su ceño se fruncía y afloraba el Valentín combativo, cuando le venían a su mente esas personas que, partiendo de la nada, habían conseguido mover al mundo por una causa justa. ¿Por qué no ser una de ellas?

Sí, se dijo así mismo, seré una de ellas, hemos de tomar consciencia, y que mejor manera que formando parte en el engranaje del motor, que con fuerza, enlazando todas sus piezas, cambiará la actitud, la forma de contemplar y por ende de Sentir a la Madre Tierra; sí, ¡sentir!, esa es la asignatura pendiente de cada ser humano

para con ella; ¡sentirla!, sentir su corazón latiendo al ritmo del nuestro.

Valentín, Agustina y sus compañeros se sentían más fuertes y unidos. Crearon una cooperativa para compartir coches eléctricos, decidieron instalar placas solares en todos los tejados de su comunidad y asesoraron a otros barrios y municipios.

Agustina y los jóvenes se encargaban de la comunicación. Cada vez más consolidados, se unieron a otros grupos que luchaban por el planeta. Todo iba bien hasta que comenzaron a recibir mensajes amenazantes desde cuentas ¿falsas? a través de las redes sociales. A alguien le molestaba su iniciativa. Pero ¿quién estaba detrás de semejantes barbaridades? Agustina tenía sus sospechas, pero era complicado demostrarlo.

Aunque Agustina tenía la sospecha, de quién pudiera estar detrás de la destrucción de todo lo que estaban consiguiendo, sin embargo, Valentín seguía unido a su sueño, no le importaban las amenazas, él sentía en su corazón que lo tenía que hacer, tenía que dejar un mundo mejor, más fraterno, más humano, más ecológico… donde los vecinos se pudieran saludar, parar un rato a charlar, se conocieran por sus nombres, pudieran sonreír... Él seguía agarrado al árbol, quizás el árbol de los sueños, ese motor único que le hacía que todas las mañanas pensara en construir un mundo mejor, más humano.

Necesito tomarme un tiempo de reflexión, pensó Valentín. Hacerse preguntas se había convertido en un *leitmotiv* de su vida. La sociedad necesitaba ese parón mundial, todos en casa se preguntaba cada día: ¿Por qué? ¿Cuál era la enseñanza? ¿O acaso una profecía para el ser humano? Esta gran crisis del «coronavirus» nos puso a cada persona en contacto con nuestros miedos más profundos y al mismo tiempo con la fuerza de la vida. La esencia más profunda, la supervivencia, no individual sino como especie, la necesidad de solidaridad y de continuidad sin arrasar el precioso planeta que habitamos.

Reflexionar. Aplaudir, sí, pero ¿por qué? Quizá pensase que de esa manera sería solo uno más, otro miembro de la masa, esa que no

tiene cerebro y que se deja arrastrar por pura inercia.

Pero de pronto la vio a ella, a esa vieja vecina del bloque de enfrente, sola en su casa, sin más compañía que la de todos nosotros, que como ella salíamos afuera por una vez. Y mientras aplaudía la miraba como si fuera su madre, a la que hacía muchas semanas que no veía. Era como tenerla ahí delante. Aplaudir por ella, era aplaudir por todos.

Tan ensimismado estaba que no se percató de que Agustina estaba detrás mirándolo fijamente, con los ojos humedecidos por la lágrima contenida.

—Agustina, cariño, ¿qué te pasa?

—No lo sé. Quizá que vuelvo a tener sentimientos.

¿Qué le pasaba? ¡Qué pregunta! Pasaba que Valentina no había tenido confinado solo su cuerpo, sino todo su ser. Toda su conciencia de *homo sapiens* social. Y despertaba escuchando el susurro de todos sus ancestros pasados murmurándole al oído su necesidad de vivir y su obligación de ser Feliz.

Agustina no tenía claro si podría ser feliz, sabía que, por el bien de los suyos, tendría que hacerlo, ser feliz, o al menos simular que lo era, pero iba a ser difícil, el confinamiento no solo había traído soledad, en el caso de algunos, también habían surgido palabras y hechos que a ella no le hubiese gustado saber que estaban ahí.

—¡Qué pena que no hayamos aprendido que la unión y el amor a los nuestros es lo que nos hace ser fuertes! —Eso pensaba Agustina.

¿Seremos capaces de conseguirlo?

Después de todo ese tiempo, después de despertar cada mañana confinados, por fin tenía algo claro: lucharía por ser feliz. No sabía si lo conseguiría, pero al menos era consciente de lo que necesitaba para lograr su objetivo.

Había pasado toda la vida preocupándose por cosas banales, por aspectos supuestamente importantes que, en momentos como ese, en los que verdaderamente se demuestra lo que es relevante, carecían de valor.

Volver a ver a su familia y amigos, poder disfrutar una vez más de la sonrisa de Agustina y los suyos, eso era lo realmente trascendente. Ahora se había dado cuenta.

De pronto, la habitación apareció inundada por una luminosidad cegadora, impertinente, casi insultante... Los fulgurantes rayos de sol penetraban con violencia a través del cristal de la ventana. La luz resultaba irreal y hacía que los objetos parecieran dibujados debido a la saturación que el exceso de luz producía en los colores. Nunca antes había observado una atmósfera tan cristalina, un cielo tan rabiosamente azul, un seto tan verde. Pareciera como si sus sentidos se hubieran agudizado, que fuera más perceptivo a cuanto le rodeaba, posiblemente como reacción de su espiritualidad ante esa especie de revelación que acababa de experimentar.

Fue entonces cuando Valentín comprendió lo que debía hacer. Se sentó y escribió una larga lista de tareas pendientes. Después trajo las herramientas del trastero, vació el armario vestidor y comenzó a serrar los tablones para redistribuir el espacio interior entre las perchas y los cajones. Agustina lo veía trabajar sin dar crédito.

—¿Qué haces?

—Hacerte feliz, Agustina. Después de tres años. Anda, pásame la cinta métrica.

Y Agustina, sonriendo, se puso a trabajar con él en la reforma de ese armario que tantas discusiones había provocado entre ambos. Cuando terminaron, Valentín tachó la primera de las tareas.

Poco a poco, y cada día al abrir los ojos, quería fijarse un objetivo de la lista que con tanto cariño había fabricado. En este encierro, que duraba ya más de lo que nunca se hubiese imaginado, se había dado cuenta de muchísimas cosas, había comprendido que debía luchar, que quería luchar, que necesitaba encontrar en su interior la gran sonrisa, el gran arcoíris que pintó… y fue uno de esos días en los que afanado por tachar palabras escritas y cumplir algunos deseos, se puso a buscar en un viejo cajón una herramienta que requería, y encontró aquella carta.

No hacía falta que abriese el sobre. Sabía perfectamente lo que contenía. Tenía esa imagen, cada palabra, grabada en su mente. Cerró los ojos para verla mejor.

—¿Qué haces, Valentín?

—Nada, tachando tareas.

Volvió a meter el sobre en el cajón y sacó las tijeras de podar antes de darse la vuelta hacia su mujer. Había una tarea que no iba a poder tachar.

—Voy a echarle un vistazo al árbol.

Salió al jardín, donde el árbol estaba aguantando, sus raíces intentando agarrarse una vez más a la tierra debajo.

Por un momento que le hubiera gustado que fuese eterno, Valentín respiraba esa brisa ahora cercana pero con recuerdos no tan lejanos. O eso es lo que a él le había parecido hasta ahora.

Sus tijeras de podar caían rendidas al suelo a la vez que, volteando su mirada a una Agustina afanada en sus tareas, intentaba agarrar su corazón para que no siguiese el mismo camino.

—Carmela —suspiraba Valentín en voz alta mientras parecía llegarle el perfume de la mujer a la que amó e irremediablemente se la arrebataba una enfermedad en uno de los incomprensibles avatares del destino.

«¿Por qué sigo recordando el olor de Carmela?», pensó mientras observaba el árbol.

Fue en ese momento cuando Valentín comprendió que seguir manteniendo con vida el árbol era inútil, al igual que su recuerdo de Carmela. Buscó en el trastero su motosierra y cortó en tres partes el tronco.

Una sensación de libertad, que no experimentaba hacía años, lo invadió a medida que separaba por secciones el tronco.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunto Agustina. Mientras observaba incrédula lo sucedido.

La memoria de la vida y de la tierra. Valentín lo sabía bien. Todo lo que había acontecido en su vida estaba ahí y no podía olvidarlo, formaba parte de él. Pensar en Carmela le obligó a recordar quién fue. Quizá había cometido errores, ¿quién no lo había hecho? Pero

¿qué sería de nosotros si no los tuviéramos? Miró a Agustina. Volvía a ver el brillo de esos ojos que le enamoraron y le dieron fuerzas tras la pérdida de Carmela, y comprendió que, otra vez, había que renacer.

Subió las escaleras para contemplar el jardín desde arriba. La visión que le proporcionaría aquella perspectiva, ahora que ya no estaba erguido el viejo árbol, haría que su jardín pareciese más grande.

Valentín se aproximó al balcón y se quedó mirando al vacío. Sus ojos vagaban sin fijarse en ningún punto concreto; su pensamiento, al igual que su mirada, discurría fuera del control de su mente. Fue entonces cuando cayó en la cuenta: llevaba varios días sin ver a la anciana del bloque de enfrente. Ya no salía a aplaudir a las ocho. No podía imaginar que también había enfermado.

Agustina, al verlo congelado y con la mirada fija, dedujo que era lo que le rondaba por la cabeza. Le informó de que la señora llevaba ingresada más de una semana en el hospital de la ciudad. Ella se había encontrado con su hijo, ataviado con su mascarilla saliendo de la casa tras regar sus plantas. Valentín había estado tan abotargado con sus ansias de ayudar y mejorar, que apenas fue consciente de los cambios que sucedían a su alrededor. Con algo de pesar rodeó la cintura de su mujer y la besó en la sien. Solo le faltaba algo.

—¡Valentín! ¿Estás bien? —preguntó algo agitada Agustina.

—Sí, mi amor, le dijo con los ojos encharcados.

—Agustina, prométeme que sabremos volver al inicio de todo, esos días llenos de besos, caricias, miradas eternas que escribían en nuestra piel el mejor de los versos del más romántico de los poemas, prométeme que nos llenaremos el alma otra vez con primeras veces, que nos zambulliremos en este viaje que nos tiene reservado la vida disfrutando del concierto de imágenes, de la orquesta de sabores y de la sublime sinfonía de aromas y sonidos como si fuéramos unos niños.

Volvió a mirar a los restos de su árbol. Los tres trozos le oprimían, como su pasado, su presente y su futuro. Este más pequeño, casi en el aire había quedado sobre los dos anteriores. Los ojos del árbol

estaban ahora separados por la fina línea que había dejado la motosierra. Una tupida niebla bajaba lenta desde el cielo difuminando el jardín. Volvían las lágrimas a unos ojos que seguían sin comprender el motivo de tanto cambio. La historia certera le nublaba la razón.

Entró en casa, Agustina, le esperaba sonriente con una maceta y tierra nueva.

Un pequeño limonero en el suelo envuelto en una bolsa de plástico esperaba a ser trasplantado. Agustina dijo que el hijo de la señora de enfrente se lo había regalado, él no podía cuidarlo.

—Este será nuestro —dijo ella mientras se ponía los guantes.

Valentín recordó lo que había dicho su viejo árbol antes de morir: Que aún había mucho por lo que vivir… Había pasado dos meses haciendo tareas absurdas, había arreglado el armario del dormitorio, la pata de una mesilla de noche, el enchufe del garaje, pintó el cuarto de la lavadora, cambio un par de bombillas, pero su vida seguía a medias. No había visto a su madre ni a sus amigos desde hacía dos meses y Agustina se había convertido en una perfecta desconocida. ¡Había querido cambiar al mundo! Y era su vida la que se desmoronaba. Seguía pensando en Carmela después de veinte años y Agustina en ese hombre a quién escribía a escondidas. Recordó la carta, la que encontró en el garaje. Agustina le decía «te quiero» y mientras él la leía, había pensado en Carmela. Ese limonero raquítico no iba a ayudar.

—¡Valentín! ¡Valentín! ¡Despierta, por favor! ¡Ay, Dios mío!

Valentín, aturdido todavía, mira a su alrededor. Está tumbado en el suelo del patio, con la pierna haciendo un escorzo extraño. Su mujer le palpa la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Te has caído. Has estado inconsciente un rato.

Agustina saca del bolsillo del pantalón el teléfono móvil y marca el número de Urgencias. Valentín trata de mover la pierna, pero se lo impide un dolor animal.

—Igual con este jaleo tardan en venir. Pregúntales si intento levantarme. Se me está quedando el culo frío.

—¿Con qué jaleo? Sí… Buenas tardes. Una caída en casa.

Agustina se retira un momento y continúa dando explicaciones sobre al accidente. Valentín se incorpora un poco. El árbol sigue en medio del patio invadiéndolo todo. Mierda de árbol, seguro que él ha sido responsable.

—Que vienen enseguida, que no te muevas. ¿De qué jaleo hablabas? —Agustina se sienta en el suelo y coge de la mano a su marido.

—Del virus, mujer, del coronavirus ¿De qué quieres que hable?

—¿Qué virus? ¿Ese que han descubierto en China?

Valentín agita con fuerza la cabeza. Se toca la base del cráneo y la nota dolorida.

—¿Entonces lo he soñado?

—No sé… Tampoco has estado inconsciente tanto tiempo. Tres minutos como mucho.

—¡Vaya!, pues en tres minutos me he montado la película completa. El árbol se moría de viejo y nosotros lo talábamos y me convertía en un gran líder de la comunidad. —Valentín se ríe con fuerza—.Y por cierto, tú tenías un amante.

—¿Ah sí?, estupendo… No me provoques.

—Y yo seguía amando a Carmela, que estaba muerta.

—Mira qué bien, lo de la muerte digo.

—No seas así mujer… era tu mejor amiga y han pasado veinte años.

Durante unos segundos no hablan. Solo se miran. Es Valentín quien rompe el silencio.

—¿Te acuerdas de las veces que me has pedido que te arregle el armario? —Agustina asiente, sin comprender.

—Te lo he arreglado durante el confinamiento. Para que veas lo apañado que soy.

—¿Durante el qué?

—CON-FI-NA-MIEN-TO. El coronavirus era tan peligroso y provocaba tantos muertos que se decretó el estado de alarma y cada uno debía permanecer aislado en su casa.

—¿Como en *El ángel exterminador*?

—Sí, ahora que lo pienso, sí. Algo parecido, aunque podíamos ir a la compra y a pasear al perro.

Agustina se ríe, toca a su marido la cabeza y le da un ligero beso en los labios.

—¡Pues sí que ha sido fuerte el golpe! —Suena el timbre de la puerta—. Voy a abrir. Ya están aquí los de la ambulancia

FIN

AUTOR@S PARTICIPANTES en la construcción del relato colectivo *CONFINADOS*

POR ORDEN DE INSCRIPCIÓN:

10/06/2020 FASE DE PRESENTACIÓN

Montse Domínguez
Alexandra Martín Sánchez
Esther Peral Nuño
Cristina Estevas Jiménez
Sofia Soler Estevas
Sofia Lancho Drozdowskyj
Constantino Mediano Velarde
Gerardo López Maganto
María Pilar Alonso de Pedro
Virginia Gonzalo Rivas

12, 15, 16 Y 17/06/2020 FASE DE DESARROLLO

Carmen García González
Oscar Encarnación
María Tanco
Vanesa Cabañas Polo
Lou W. Morrison
Sergio Pardo Delgado
Carmen Ortigosa Martín
Cynthia Montes Tardón
Rafael Ramírez Borobio
Acisclo Manuel Ruíz Torrero
María del Carmen Castilla Hernández
Lucía Barriopedro Marrón
Pilar Vázquez Chozas
Ana Martín Méndez

Domingo Moreno Solís
Eloy Lospitao Rioja
Ramona Palomares Andújar
Sergio García Esteban
Enrique González Alonso
Javier Molina Palomino
Diana Estela Fayos Paredero
Rachel Stephenson
María Teresa Martín-Loeches
Antonio Luna Peraza

18/06/2020 -FASE DE DESENLACE

Pilar Pozo Barberá
Francisca Bernardina Patier Hernández
Montse Brox
Marta San Juan González
José María Garrido de la Cruz
Isabel Olmos Parés
Rosa Estefanía Díez